

LUIS FERNANDO VIDAL

El principio de la duda en Cardoso Pires

Alejandra Alpha es una novela densa, con personajes complejos y que narra primordialmente los conflictivos cambios en la conciencia de una joven mujer, cuyo nombre da el título al texto.

Alejandra es una portuguesa que llega al Brasil para trabajar como secretaria de alto nivel en una empresa muy importante. Ella, de algún modo impelida por el ambiente perennemente provocador y por los atractivos rostros de una cultura tan singular como la brasileña, vive una vida doble. De día es la cumplida y eficientísima trabajadora sobre la cual llueven expectativas y esperanzas empresariales; de noche es una mujer que vive intensa y plenamente la bohemia carioca, hasta adentrarse en ella y vadear los muchos ríos que conforman la nocturnidad: la política, la música, el sexo, la poesía, las drogas, las confidencias y las deslealtades. El proceso de maduración que trae consigo el periplo de Alejandra y su relación con Roberto Waldir Lozano, hombre de vida dual, también, y de cuya muerte no solamente sobrevivirá con profundas heridas sentimentales, sino que heredará el hijo que éste tuvo con una muchacha similar a él, como dos gemelos idénticos rozando el incesto. Pero no se crea por ello que se trata de una novela que narra las peripecias



Luis Fernando Vidal

existenciales de su heroína. El texto es mucho más que eso. Es una novela que combina la sátira y la deconstrucción del orden perceptual del lector, con los más meritorios juegos de la dosificación del suspenso propia de la novela policial. Pero, también, y esto es lo que deseo comentar aquí, la novela dialoga creativamente con aquello que Tzvetan Todorov denomina literariedad. **Alejandra Alpha**, en tal sentido, es no solamente un producto del buen uso de los modelos y técnicas del arsenal novelístico occidental, sino que —atendiendo a lo que indica Julia Kristeva— asume para sí el rol de productividad. Me explico.

Esta novela contiene nuevos planteos, nuevas opciones expresivas que amplían el radio del género. En tal sentido es productividad.

Considero que el principal aporte de Cardoso Pires está en el modo como ingresa a su materia narrativa: en la manera como va alterando la representación y por ende la clave referencial que todo lector empieza a percibir y a tomar en cuenta para ubicarse con respecto a los hechos que se le van a narrar. Esto es, si el código de la representación es mimético o parecido a lo que entendemos por real-objetivo, si es fantástico o comporta una transgresión de las leyes de lo real, si es carnavalizado o exagerado en algunos de sus componentes hasta conformar un cuadro entre humorístico y satírico, si es evocativo o pseudoautobiográfico. A partir de esta percepción del código es que el lector va captando la organicidad de la lógica interna del relato y lo pertinente de las acciones y relaciones de los personajes. Se ubica, en suma.

Pero, en **Alejandra Alpha** los lectores vamos cayendo en una serie de celadas que nos tiende el autor. Esta permanente alteración de los

puntos de referencia de la representación van generando en el lector una duda sistemática que no solamente lo hace mucho más participativo y atento, sino que posibilita captar que uno de los mensajes de la obra es que las significaciones de los sucesos humanos tienen tantas variables cuantos puntos de vista se ciernan sobre los hechos.

El texto empieza con una información vertida en tercera persona, por un impecable y aparentemente convencional narrador omnisciente: «El ángel sobrevoló la ciudad entre las 12 y las 12 y 27 (hora solar). Era rubio, de alas bermejas y tenía un bello rostro triangular en nada semejante al de los querubines de la iglesia». Es decir, nos hallamos frente a un acontecimiento prodigioso y como lectores nos acomodamos en la poltrona para enfrentar un texto que tiene muchas similitudes con los textos de García Márquez. Es decir, nos ronda aquello que se ha dado en llamar lo real-maravilloso. Sin embargo, la aparición, este ángel rubio y de alas bermejas, no irrumpe en un ámbito especial, sino que: «Planeó en lentas y apacibles curvas por encima de los rascacielos y de las playas que contorneaban la ciudad, acariciándolos con su leve sombra». La aparición maravillosa, excepcional surca un ambiente en su cotidianidad y eso es lo que genera el primer pasmo. Cuando uno se encuentra ya con una inserción de lo fantástico en la cotidianidad, casi naturalmente vienen a la mente los nombres de dos importantes escritores de tradición portuguesa, como Murilo Rubião y José J. Veiga, en quienes lo cotidiano abre de improviso una ventana para dejarse atravesar por una ráfaga de fantasía desbordante, que posibilita reexaminar falencias de la vida diaria.

Estamos, pues, frente a la irrupción de lo maravilloso en un día caldeado del verano de una playa carioca. Sin embargo, con Cardoso

Pires no hay lugar para complacencias y espacios definidos. Cuando ya creíamos estar frente a un texto en el que los sucesos se desarrollan en base al código de lo real-maravilloso, el curso de los sucesos nos depara una sorpresa: esa aparición «exacta e inolvidable», que alborotó a la multitud de bañistas que anudó en torno suyo toda la atención, «de pronto se inmobilizó, como si la paralizara una larga duda. Y, en ese instante, vimos que las rojizas alas se habían rasgado y que de ellas surgían jiro-



nes, que flameaban como locas banderolas batidas por el viento. Y, luego, veloz, cada vez más veloz, la aparición alada cayó en picada desde las alturas celestiales, como abatida por el rabioso sol de mediodía, y vino a estrellarse en unos roquedales conocidos con el nombre de Ponta do Arpoador». El ángel rubio es, repentina y sorpresivamente, asimilado a las leyes de la gravedad y se desbarata su elegante vuelo y, con ello, también empieza a ser dinamitada (para utilizar un término de Violette Morin) la relativa solidez del código con que venía funcionando el relato.

Pero, el narrador nos hace recalcar todavía en este ámbito que empieza a relativizarse: «Un ángel ciego, dijo alguien. Otros, aquellos bañistas que lo vieron pasar, camino hacia los promontorios fatales, afirmaron que tenía los ojos en blanco de mensajero suicida. ¿Ojos en blanco?». Estos diálogos intentan, pues, explicar la caída haciendo uso de la lógica con que hasta aquí venía funcionando el relato. Pero, con una sutil gradación: casualidad o accidente en caso tratarse de un ángel ciego; transgresión ya mayor y sospechosa si el ángel ha cometido suicidio.

El narrador recoge las dudas, en una leve digresión donde ya se cuestiona lo angélico de la aparición y ya se habla de una masa indescifrable en mitad de los roquedales. La presencia de los medios masivos de comunicación dan un nuevo giro a la representación. La página policial de los diarios resalta el accidente y la televisión añade el descarnado informe del médico legista quien no sólo trae consigo el dato que la blanca mirada del caído era en realidad verde —«emerald green», como ahí se dice— y nos muestra su fotografía, su nombre Roberto Waldir Lozano, y nos lo descubre como un volador de ala-delta, «natural de Agua Santa, de veintiséis años, casado y con domicilio en la Calle Barón de la Torre, Ipanema, Río de Janeiro». La realidad impone sus reglas y restituye un sólido código en el que interpretamos los sucesos como un accidente lamentable, en un día soleado y en una playa concurridísima.

Sobre esta base, la atribución de caracteres mágico-religiosos a la aparición y subsiguiente caída asume una significación poco menos que fanática y hasta caricatural: se la ve como una manipulación de los hechos, transgresión que los representantes de la Iglesia Católica tratan de corregir casi de inmediato. La realidad es ahora, implacable.

Lo que viene después nos depara novedosas sorpresas. En efecto, de las indagaciones acerca del accidentado surge la revelación de que éste no ha caído por casualidad sino que ha sido derribado por un disparo, hecho desde una de las terrazas de los tantos edificios costaneros. Estamos frente a otra transformación del mismo suceso inicial, con la acotación de que Roberto Waldir Lozano tenía poquísimos de angélico, salvo el porte atlético y la pinta arrebatadora. El sujeto resulta ser un vividor, que gozaba de una vida más o menos regalada, lograda por su trato con homosexuales adinerados, a uno de los cuales pertenecía el ala-delta de marras. En suma, ni aparición fantástica, ni accidente, ni espíritu angelical del accidentado.

Aquí, las digresiones en torno a las costumbres de Roberto Waldir nos conducen por los escabrosos meandros de un probable crimen pasional o de la vendetta. Elucubramos acerca de asesinos a sueldo esperando con paciencia a su víctima, bajo el sol abrasador del verano carioca. Los imaginamos seguirlo, inmisericordes, con las tenaces mirillas de sus rifles y luego, aprovechando el ruido de la ciudad y la impunidad del escondrijo, dispararle toda la carga.

Cardoso Pires saca, entonces, de la manga un giro inusitado. Resulta que al momento que Roberto Waldir planeaba con gracia en la entraña del aire caliente, los ojos desacomtrunbrados a tales espectáculos de un rudo malandro cearense lo observaban. Y lo que veían no era un deportista suspendido en el aire por un ala-delta, sino a una inocente víctima de una ave desconocida pero sin duda feroz y peligrosa. Y «Boca Brava», que era como se llamaba el bandido, no lo pensó dos veces, apuntó con su «escupe-fuego» y disparó con toda la certeza digna de su fama y de su ocupación. «Compa-



dre —dijo él mientras guardaba el arma—, no sé qué pájaro era, pero que soltó al hombre que se llevaba de eso sí que estoy seguro». No puede ser más inesperado el desenlace de esta mutación de los modos de representación portados por el texto de Cardoso Pires.

Lo que viene después es la convocatoria de la policía a las personas que frecuentaron a Roberto Waldir. Aquí, su vida doble empieza a develarse. Alejandra es llamada a la oficina policial y ahí no solamente declara sino que empieza a enterarse que su amante tenía esposa e hijo. Que la esposa, de facciones tan iguales a Roberto que bien podría haber pasado por su hermana, estaba presa por tráfico de drogas. Prisión que hace que la mujer decida entregar su hijo a Alejandra quien, a su vez, transida por los recuerdos, el desenlace de su relación con Roberto y las brutales revelaciones que traen consigo las investigaciones policiales, decide volver a Portugal, donde la vida doble que vivió en Río de Janeiro vuelve a cautivarla, pero esta vez para ir la llevando de una promiscuidad que se emparenta con la prostitución, a una asunción de su humanidad por la vía de la lucha política.

Esta es, examinada grosso modo la historia y el sentido del primer gran capítulo de la novela **Alejandra Alpha**. Creo que el nervioso pulso de la representación instaurado por Cardoso, sensibiliza al lector, lo hace mucho más participativo y atento a los sucesos y sus probables transformaciones y cambios de signo. Pero, también lo hacen dudar de la univocidad del punto de vista único y orientarse por un perspectivismo humanizante, que atiende las variadas versiones antes de optar.

Esa es la visión compasiva que instaura esa cierta duda en la verosimilitud manejada por Cardoso Pires en esta excelente novela. Ya, en su tiempo, los impresionistas nos demostraron que la verdad de nuestras percepciones era muy relativa, y Cardoso viene a incidir en ello con esta muestra excepcional en la que las leves oscilaciones del punto de vista nos ponen frente a nuevas realidades del mismo hecho. Como que nos advierte contra el excesivo entusiasmo en los propios juicios y más bien nos coloca frente a su precariedad, pues la percepción y el juicio sobre ella pueden ser engañosos. Como también pueden serlo estas líneas. ■